

manera... Para concebir al paisaje con estructura, con arquitectura ósea...

Pero, volviendo a lo que iba, ¿qué es lo que tiene que decirnos el pintor Joaquín Vaquero? Tiene que decirnos el paisaje. No; perdón, el paisaje no, ese paisaje: su paisaje. Se habla con frecuencia del «sentimiento del paisaje» como de algo que, igual que determinadas fatalidades, circula por la sangre de algunas personas. Es verdad, y yo diría que Joaquín Vaquero es uno de los que está afectado por eso que llamaré «locura del paisaje». Pero él no es un elemento pasivo que acepte tal cual cualquier paisaje que se le ponga por delante. El encuentra lo que busca: su paisaje.

¿Qué paisaje? Un paisaje hollado y transitado por las huellas de Adán y por las de sus sucesores. No importa que allí no haya casi nunca hombres: allí está casi siempre el hombre, significándose incluso con la presencia de su ausencia, porque, de alguna manera, ha dejado vestigios: una ruina, la huella de unos pies sobre el camino polvoriento, el muñón de una arqueología ciclópica, o simplemente —cuando se trata sólo de presencias geológicas o «cuaternarias», para usar la palabra de Alberto Sartoris, tan gráfica— la soledad, ese grito perentorio lanzado desde la ausencia del hombre... Y ya sabemos que la ausencia se hace notoria cuando reclamamos una presencia...

Se podría decir que en el paisaje de Joaquín Vaquero hay algo de escenografía. Y sería verdad. Como que él, cuando pinta lo que pinta, tiene siempre presente que ese es el escenario donde va a transcurrir —o donde ha transcurrido— la tragedia del hombre. «Donde ha transcurrido la tragedia...», insisto, para significar que en el talante pictórico de Vaquero hay algo que no me atreveré a llamar «de historiador», porque esa es una actitud mucho más intelectualmente elaborada que la suya... No: hay en él la actitud de un hombre para quien el pasado, aun cuando lo sea remotísimo y lejano, aun cuando esté significado solamente por una vértebra paleontológica arrojada sobre el campo yermo,

no es algo abolido definitivamente...

Pues esa pintura, como su paisaje, tiene vértebras, tiene esqueleto. Un armazón óseo que, si no fuera porque no me interesa complicar literariamente a su «currículum», llamaría «de arquitecto», lo recurre por completo. Eso es así porque a Vaquero le interesa cludir siempre lo que el paisaje tiene de movido y de hiperbóreo. Si no fuera una herejía conceptual, me gustaría decir que Vaquero, cuando intenta extraer algo así como la osamenta del paisaje, pretende exhibir la fianza de un futuro incorruptible: la fianza de la arquitectura, de la geometría que se oculta detrás de todo lo aparentemente informe...

¡Qué disparate: ligar el paisaje a la arquitectura! La arquitectura es, si bien se piensa, la gran enemiga del paisaje; es el estigma de la construcción en la creación...

Pero yo no hablo de una arquitectura superpuesta, sino de la que ya lleva en sí mismo el paisaje en sus líneas maestras; de su secreta legislación lineal... Esa es la que busca Vaquero para poder hacer ese paisaje —el suyo—, que lo mismo puede ser de nuestros días que del séptimo día del mundo. ■ J. M. MORENO GALVAN.

## CANCION

### Cuarteto Cedrón: muerte y resurrección del tango

Se presentó en Madrid el cuarteto argentino Cedrón, absolutamente desconocido en España, aunque, días antes, hubiesen actuado en Torreón y Granada. Barcelona, Asturias y Sevilla eran los lugares previstos para continuar su presentación en nuestro país. También pensaban dar tres recitales en Francia con Paco Ibáñez y llegarse a Alemania cuatro o cinco días.

La intención de estos músi-

cos argentinos es la de mostrar a Europa la nueva imagen del tango y completar, a la vez, el panorama de la canción popular que de aquel país conocemos. Atahualpa Yupanqui, Cafrune, Falú, Larraalde, Los Chachaleros, Los Fronterizos... divulgan por todo el mundo los sonos épicos de una Argentina rural, los aires de las pampas y del hombre que trata la tierra directamente, con sus manos. Pero Argentina es enorme, a nivel de subcontinente. Buenos Aires sólo ya es un mundo de millones de habitantes. Entre los desarraigados de la gran ciudad, en el submundo que representa la otra cara de la populosa y brillante capital, nació el tango. Carlos Gardel fue su profeta.

—Pero Gardel murió hace treinta años, che, y ahora hay otras cosas. Nos parece extraordinario que a los europeos

César Strocio, bandoneón) empieza en el tango, pero no se queda parado en los años treinta. Van más allá del tango y aceptan todas las nuevas influencias que la vanguardia musical les pueda aportar. Incorporan a su viejo sonido popular cuanto puede significar un enriquecimiento popular y artístico. Incluso polemizan con sus orígenes y practican la sana autocritica del tango (el tango tónico, el que se quedó estereotipado, el que no quiere renovarse). Con todo eso, tratan de hacer «un canto abierto a los nuevos tiempos, azarosos, combativos, revolucionarios y difíciles».

También incorporaron nuevas letras, las que expresan la problemática del hombre de hoy (que no es la misma del tiempo de Gardel, cuando la gran avalancha de la emigración había convertido en

provenzales, textos de Borges...

—¿Tiene resonancia popular vuestra labor?

—No toda la que quisiéramos, porque no somos negocio (como lo han sido, en un momento determinado, los cantantes folklóricos de que hablábamos antes), pero hemos hecho experiencias de conciertos populares al aire libre, en los que hemos ofrecido música «beat», folklore, tango... y han tenido un éxito enorme. Pensamos proseguir esas experiencias, incorporando música de cámara. De todas formas, a nosotros no nos falta el trabajo. En grabaciones hemos tenido menos suerte, pues, a pesar de haber grabado ocho «long-plays», no han sido suficientemente promocionados.

—¿Qué opinión os merecen esos cantantes folklóricos tan conocidos en Europa?

—Hay una cuestión —quien contesta es Juan Cedrón—: de pronto, Yupanqui dice: «Las penas y las vaquitas se van por la misma senda...»; yo he visto vacas, desde luego, pero no es ese mi mundo. Yo vivo en una ciudad y mis problemas son otros. Por supuesto, esto no quita para admitir que ese resurgimiento del folklore rural, iniciado hace unos veinte años, es algo muy positivo. De ahí han salido tipos importantes. Claro que, luego, ha venido el negocio de las casas grabadoras.

A pesar de que este grupo —que lleva haciendo cosas desde hace ocho años— puede considerarse como no integrado en los circuitos comerciales de su país, sus posibilidades son mucho mayores que las de sus «collegas» españoles en la marginación. Existen suficientes lugares y suficiente público para acoger y «consumir» este tipo de canción de calidad, pero con raíces populares, además de que las dificultades de expresión son también menores, a pesar de la rígida situación política.

Del tónico a la renovación, el tango parece haber resucitado para el ámbito del arte. Al menos, esa es la información que, en vivo, nos han venido a traer estos cuatro componentes del grupo Cedrón a quienes no conocían más que el tónico. ■ JOSE A. GARCIO.



les siga gustando Gardel, pero no que tengan esa idea fija sobre el tango. Hoy hay quinientos tipos riquetebuenísimos allá —pienso en Trollo, un bandoneísta fuera de serie— y que acá no se conocen. Nuestra idea es tratar de abrir brecha; algo así como lo que hizo Serrat en Argentina, que rompió la idea que todos los argentinos tenían de que la música española eran los churumbeles y el «Porompompero».

Lo que interpretan estos cuatro músicos (Juan Cedrón, que compone, canta y toca la guitarra; Miguel Praino, viola; Jorge Sarraute, contrabajo, y

«bien escaso» a la mujer y provocaba la fácil «traición», que tanto aparece en los tangos gardelianos). Los poetas argentinos Raúl González Tuñón y Juan Gelman son sus más habituales «proveedores». Con Gelman realizaron una especie de ópera brechtiana (también de Brecht han manejado textos) titulada «La trampera o las tripas generales», historia satírico-política y un poco macabra también, con muchos ahorcados en escena. Para marzo piensan montar otro espectáculo semejante inspirado en la matanza de Mi Lay. Poemas precolumbinos, traducidos poemas